

Me dijo que aquella mañana el teléfono sonó tarde, casi al mediodía, que lo llamaban para que se presentara con urgencia en el Cuartel General de Investigaciones y que del atentado se enteró cuando ojeó los titulares de la tarde mientras esperaba el trole. Al enterarse le sucedió esto: sintió primero una tenue conmoción, después vio flotar en el aire un conjunto de imágenes inconexas y después, me dijo, tuvo la sensación de que esas imágenes se fueron rehaciendo lentamente. Iba sentado en el trole, con el maletín sobre sus piernas, mirando a través del vidrio. Ya no recordaba con exactitud si en el encabezado del titular que acababa de leer se empleaban los términos «atentan» o «balean», pero sí estaba seguro de no haber leído «asesinan», por lo que haber pensado en un homicidio le pareció un despropósito. Aquella tarde en la que paseamos por el cerro, dos o tres semanas después de ese domingo en el que fui a visitarlo por primera vez, me dijo que el error hubiese sido grave de haberlo cometido en presencia de algún jefe o compañero de trabajo, pero no lo hizo, sólo lo confundió a él. Durante el resto del trayecto que nos separaba de su casa, y por el que bajamos a pie

con unos últimos rayos de sol que, dándonos de frente antes de desaparecer definitivamente en el horizonte, nos forzaban a achinar los ojos o a llevarnos una mano a la frente, Miranda se concentró en una larga disquisición sobre su ingreso a la Brigada de Homicidios. Me comentó que había llegado allí casi por casualidad, fundamentalmente, aunque me pareciera una locura, por su capacidad para dibujar. Esa capacidad la había mostrado desde niño, sus profesores la resaltaban y también su padre, quien solía llegar del trabajo con un montón de papeles impresos de un solo lado en los que Miranda, después de sentarse en alguna de las pilastras que daban al puerto, cerca de su casa, muchas veces durante las tardes de invierno, con el viento gélido y salado entumeciéndole la cara, se pasaba horas retratando las barcas que flotaban en el agua, los fondos cambiantes del cielo reflejándose en el mar y los pájaros que, agitando de vez en cuando las alas extendidas, trazando curvas imaginarias sobre su cabeza, atravesaban el aire esperando a que se hiciera de noche.

Hacía lo mismo cada vez que podía, incluso ya siendo adulto, cuando en su despacho de la Policía Internacional se pasaba las horas libres dibujando todo lo que veía por la ventana, los rosales altos y las acacias de la verja de la casa de enfrente, los cuerpos lejanos e imprecisos de algunos paseantes más atrás y, más atrás aun, semitapados por las copas frondosas de los árboles,

los techos inclinados de la Escuela Naval recortándose por delante de las palmeras que, desde donde él las retrataba, parecían alzarse en el vacío. Al fondo de esos retratos descoloridos, que alguna vez me mostró, detrás de las fachadas incompletas, los techos, las palmeras y la delgada franja de arena, el cielo y el mar se entreveraban en un confín borroso dentro del cual parecía crecer una suerte de ciudad inmaterial. Miranda, me dijo, procuraba que sus bosquejos fueran réplicas más o menos exactas de los fragmentos de realidad que captaba; guardaba varios de ellos en carpetas y por eso aceptó, cuando se lo propusieron, pasar de la Policía Internacional a la Brigada de Homicidios para cumplir funciones como planimetrista. Mientras tomábamos una de las callecitas que unen los pies del cerro con una diagonal que conduce hacia la calle Arrieta, donde un alto muro de adoquines que resguarda un condominio de casas lujosas convive con el caserío pobre que está al otro lado de la vereda y en la que, salvo nosotros dos, que caminábamos haciendo equilibrio entre las piedras sueltas, lo único con vida eran dos o tres perros callejeros y unos niños intentando jugar al tenis con unas raquetas rotas, Miranda me confesó que al principio no le había resultado nada fácil adaptarse, lidiar con los muertos, dibujar detalles, pero que al final terminó por acostumbrarse. Un colega suyo cuyo nombre no recuerdo le había contado que un día, estando de visita en el Cementerio de los Disidentes de

Valparaíso, se topó a la salida con el sereno y que, mientras caía la tarde, mantuvieron una larga conversación en la que el sereno le contó que los muertos que estaban bajo su cuidado tenían, pese a las apariencias, estilos diferentes, predilecciones e incluso horarios diferentes que él con el tiempo había aprendido a distinguir, escuchando los pasos, los silbidos o la risa de cada uno cada vez que atravesaban el pórtico, al otro lado de la garita de la que, muy entrada la noche, cuando por algún motivo no podía dormir o no hallaba en qué distraerse, salía, cruzaba el sendero que lo separaba de las tumbas y escogía una en la que sentarse a beber y a conversar. Había algunos muertos que en las noches en que la luna no salía o su brillo era amenazado por alguna neblina, decía el colega de Miranda que decía el sereno, no salían tampoco ellos, que si la luna no salía tampoco salían ellos, que optaban en cambio por guardar silencio bajo la tierra. Tan obsesionado había quedado su colega con aquella historia, bastante más extensa según Miranda de lo que ahora alcanzaba a recordar, que durante un invierno completo se la pasó yendo casi todas las semanas a visitar a aquel hombre. Esto, pienso, Miranda me lo contó a propósito de lo inevitable que le había resultado acostumbrarse a los muertos, como me dijo, con los que ahora se encontraba en diversas situaciones.

Los primeros en llegar a la escena del crimen no eran ellos, los miembros de la Brigada de Homicidios, sino los carabineros,

que se encargaban de resguardar el lugar hasta que apareciera el jefe a cargo de la investigación. El jefe a cargo de la investigación llegaba acompañado de un equipo del que Miranda era parte en ciertas ocasiones, pues el trabajo del planimetrista sólo se requería cuando el crimen o lo que fuera había sido en un lugar cerrado, en una casa por ejemplo o en un garaje por ejemplo o en un departamento, puesto que para los lugares abiertos bastaba con el trabajo de los fotógrafos. Cuando el crimen había sido en un lugar cerrado, lo primero que hacía el jefe era evaluar, antes de que entrara el resto del equipo, cuál era el mejor punto de ingreso. Buscaba no borrar las huellas que el homicida podía haber dejado en alguna puerta o en alguna ventana y, me explicó, muchas veces las ventanas abiertas tenían huellas y las que no tenían huellas eran difíciles de abrir, tomando en cuenta lo poco aconsejable que resultaba ocupar la entrada principal para entender lo difícil que era ya de por sí traspasar el umbral. El jefe a cargo, de todos modos, siempre lo traspasaba y una vez en el interior, cuyo desorden solía contrastar con la serenidad que reinaba en los despachos de la Brigada, buscaba, al menos en los cinco, seis o siete casos que le tocó presenciar, en medio de un caos de papeles o de libros o de cajones revueltos, el cadáver, al que le echaba una mirada antes de decidir a quién del equipo acudía primero. Si se trataba probablemente de un suicidio, en cuyo caso la disposición de los objetos que rodeaban el cuerpo

mantenía una ecuanimidad que no era la que en general regía en el caso de un crimen, lo notaban de inmediato, por lo que la tarea se reducía a hallar alguna de las cartas que las víctimas suelen dejar a sus seres queridos antes de marcharse. Es común que esas cartas, cuando existen, estén a la vista, encima de una mesa o en la cómoda, comunicando un signo infalible, por no mencionar que, como me explicó Miranda, contra lo que piensa el común de la gente, cuando se está frente al cuerpo de un ahorcado, por poner un ejemplo, dijo, alcanza con observar la marca que la soga ha fijado en el cuello de la víctima para determinar, examinando su lividez, si la muerte fue o no inducida por terceros. Y sin considerar, prosiguió, lo difícil que sería ahorcar a una persona sin antes hacerle ingerir algún somnífero que la distienda, dato que en tal caso arrojaría de inmediato el informe gastrointestinal del forense. De modo que casi siempre se sabía si se estaba ante un crimen o un suicidio, era el jefe quien lo evaluaba y quien, según cómo creía que habían sucedido las cosas, cumplía con el procedimiento de hacer ingresar al médico y al fotógrafo. Lo que hacía el forense era ponerse los guantes y comenzar a mover suavemente el cadáver. Si se endurece, me dijo Miranda, un cuerpo tiende a volver a su posición inicial, imagino que como un tronco caído que, si hacemos rodar a medias, regresa, cuando lo soltamos, a recostarse sobre su cara musgosa, motivo por el cual el médico solía requerir de alguien que

le contuviera el cadáver mientras lo examinaba. A continuación el fotógrafo comenzaba a registrar todo lo que le ordenara el jefe, los fogonazos, los orificios, los desgarros, las quebraduras, los hematomas, la entrada o salida de algún proyectil, los tajos, las heridas, las excoriaciones. Cuando ambos terminaban con su trabajo ingresaba el perito en huellas, quien repasaba con la mirada toda la escena y luego extraía de un maletín una serie de sobres de plástico de diferentes tamaños en los que, tras apretarlos suavemente con los dedos en su parte rígida superior para abrirlos, empujaba, con la mano restante, ya debidamente enguantada, cada uno de los objetos en los que suponía o había descubierto, inclinándose ligeramente para observarlos con minucia, algún rastro humano. Sólo después, me explicó Miranda, entraba él, con un pequeño lápiz a mina que por lo general extraía del centro de un cuaderno en el que, tras apoyarlo sobre la superficie de alguna mesa o a veces, sentándose en el suelo, directamente sobre sus muslos, comenzaba a componer las planimetrías desde una distancia prudente. «Prudente», supongo, quería decir lo más lejos que se pudiera del cuerpo dentro de la cercanía que imponía la observación minuciosa de sus detalles. No lo supongo porque sí, sino porque un par de semanas después de aquella visita que hicimos al pie del cerro y en la que Miranda, que se mueve con cierta lentitud, como dije, caminó casi veinte kilómetros conmigo, sumando la ida y

la vuelta desde su casa de Ñuñoa, una tarde de otoño en la que mientras tomábamos una taza de té, viendo desaparecer el día tras los vidrios empañados que daban al jardín interior de su edificio, escuchamos varias veces una versión de «Garúa» interpretada a dúo por Troilo y Goyeneche, me confesó, no sé a propósito de qué, que pese a ser policía era incapaz de entrar en cualquier lugar en el que hubiera un cuerpo descompuesto o envenenado. Que eso le diera o no impresión habría tenido sin cuidado a cualquiera de sus jefes o a cualquier miembro de la Brigada, salvo por el hecho de que bastaba con el hedor de los vómitos o los excrementos que la víctima envenenada rociaba por toda la casa antes de caer, o bastaba con el olor a carne podrida que en ocasiones los azotaba apenas franqueaban la puerta para que Miranda, tras empalidecer, cosa que todos notaban, empezara a tener arcadas o a vomitar también él. No sabía por qué pero las máscaras, que los colegas usaban sin ninguna dificultad, no le servían, y por eso apenas participó de la mitad o un poco más de los casos en los que fue escogido, de cinco, seis o siete, como dije, eximiéndose de los otros por medio de un permiso especial. No le gustaba que le pasara eso, me comentó mientras compartíamos una taza de té aquella tarde y después, haciendo una pausa repentina al otro lado de la mesa, como si de improviso, viéndome alzar la taza en el aire para darle un sorbo, se hubiese sentido inoportuno, por lo que sólo una vez

que le hice una seña con la mano se animó a seguir, me comentó que al final terminó dependiendo de las indicaciones que el jefe le daba apenas terminaba de evaluar la escena. Si el jefe le indicaba que podía entrar, entraba y comenzaba a retratar todo lo que le pareciera relevante para la investigación. Casi siempre retrataba las aberturas de la casa con dos corchetes a los costados indicando el alto y ancho de puertas y ventanas, después unos planos improvisados de las habitaciones, después dibujaba la posición exacta en la que había quedado el cuerpo de la víctima y finalmente confeccionaba una pequeña tira de retratos bajo los cuales anotaba por ejemplo la distancia que se extendía entre el cuerpo y el supuesto punto del disparo, o entre el supuesto punto del disparo y el punto de ingreso a la casa, o entre el punto de ingreso a la casa y el lugar que ocupaba el cuerpo. A veces los miembros del Laboratorio de Balística o los mismos forenses trabajaban directamente con las planimetrías y no con las fotos, me explicó, porque las planimetrías, por decirlo así, ilustraban con claridad las distancias. Miranda, según bromeó su señora, que aquella tarde se sentó un rato a la mesa con nosotros a tomar también una taza de té, había desarrollado por entonces una cierta destreza para calcular todo tipo de medidas. Podía ir a comprar un vidrio que debían reponer en la casa sin llevar nada anotado, o colgar a ojo un cuadro en el centro de la muralla sin equivocarse, o calcular sin que nadie se

lo preguntara, en medio de una conversación que no lo ameritaba en absoluto, el metraje cuadrado de un salón en el que se celebraba una fiesta familiar.

Esa destreza no diría que lo caracterizaba cuando lo conocí, pero lo conocí siendo ya un anciano, con una diabetes progresiva que lo había dejado, a esa edad podría decirse que de manera definitiva, con un ligero temblor y una cierta lentitud en sus movimientos que seguramente no lo afectaban el día en que balearon a Schneider. Porque el día que balearon a Schneider Miranda era un hombre joven, contaba ya con un relativo prestigio y estaba dispuesto a cumplir, tal como hizo saber a sus superiores, con su tarea. Apenas tuvo noticias del atentado, me dijo, lo llamaron para que acudiera. Pensó que sería para componer sus planimetrías, pero pronto reparó en lo raro de que, existiendo tanta urgencia, lo citaran al Cuartel General en lugar de hacerlo directamente en el lugar del suceso. Entró y saludó a los dos o tres colegas que se cruzó, antes de subir las escaleras espió abriendo a medias el interior de su maletín para corroborar que no le faltara nada, y subió al segundo piso para ponerse a disposición del subprefecto. El subprefecto, me dijo Miranda, no le gustaba, era un hombre bastante antipático que en aquella ocasión, después de subir el mentón y dirigirle una mirada cortante, se limitó a ordenarle que esperara en el piso de abajo; aunque probablemente lo que le resultó cortante, como

recordó después, fue la respuesta que el subprefecto, ahora sin levantar la cabeza del libro de anotaciones, le dio cuando Miranda, considerando que los diarios hablaban de un atentado, no de un asesinato, le preguntó por el estado del general. «Le metieron tres balazos en la cabeza, deduzca», le dijo el subprefecto, indicándole con la mano la puerta de salida. Miranda bajó, se sentó en una de las banquetas del pasillo central, volvió a revisar su maletín y esperó el llamado. El llamado le llegó de la Tercera Comisaría, lo solicitaban en María Pinto, acababan de hallar un auto sospechoso, sin patente, y requerían que reforzara de inmediato el trabajo de la Brigada. Entonces Miranda, según me dijo, cortó y se hizo trasladar por uno de los choferes de la Policía de Investigaciones hacia la Tercera Comisaría, pues en la puerta del Cuartel alguien le informó que el vehículo ya había sido trasladado, y una vez que llegó se encontró con que no había nadie de la Brigada, apenas dos carabineros que le señalaron unos autos estacionados. Miranda aquella tarde los recordaba perfectamente: eran un Dodge azul, un Dodge rojo, un Ford amarillo, y pese a que en el Cuartel, cuando lo llamaron, le habían hablado de un solo auto, uno cuya marca nadie precisó pero del que aseguraron que no tenía patente, los dos carabineros que lo atendieron insistieron en que debía revisar los tres. Miranda se sentó en el umbral de la comisaría, en una especie de escalerita que cree recordar había en la entrada, apoyó el

maletín sobre sus piernas, colocó el cuaderno encima del maletín y comenzó a retratar los vehículos en el mismo orden en que estaban estacionados. Una vez concluido el primer bosquejo, cruzó la calle y los retrató desde el lado contrario y después desde adelante y desde atrás. Lo que no retrató fue la cola ni el frente del segundo, ni el frente del tercero, ni la cola del primero porque los vehículos estaban pegados y el subprefecto, con quien se comunicó por radio, le ordenó que no los moviera. Le ordenó, en cambio, cosa que a veces era habitual, que les echara una mirada por dentro y requisara todo lo que juzgara sospechoso. La cerradura del primer vehículo, el Dodge azul, Miranda la forzó para asomarse a la cabina y, pese a no ser perito en huellas, como me dijo, no le pareció notar marcas en el volante ni en las perillas de mando ni en las manillas de las puertas, pero sí encontró desparramados en el asiento de atrás tres o cuatro cartuchos, un cinturón de escopeta y una patente. En los otros dos vehículos no encontró nada, en el Dodge rojo, en el Ford amarillo no encontró nada ni le pareció ver ninguna huella, por lo que se concentró en meter en unas bolsas que llevaba en su maleta el cinturón, los cartuchos y la patente. Después llamó por radio al chofer de Investigaciones y en un par de horas estuvo nuevamente en el Cuartel, parado frente al despacho del subprefecto. Pero el subprefecto, me dijo Miranda, no lo atendió, porque el subprefecto estaba a esa misma hora, según le

hizo saber un colega, interrogando a los primeros testigos, un niño que iba al colegio y que pasaba por la esquina de Martín de Zamora con Vespucio cuando fue el atentado, y una mujer cuyo auto había quedado justo al lado del Mercedes del general.

Cuando Miranda bajó la vista para distraerse un poco de la tensión que le producía la espera, observó que en el centro del vestíbulo un grupo de funcionarios intercambiaban opiniones sobre la información que les iba llegando. Entonces pensó en bajar, pero cuando estaba a punto de hacerlo se dio cuenta de que estaba agotado y que lo único que quería era que el subprefecto le recibiera los informes planimétricos y los objetos requisados para poder volverse a su casa.

Me dijo que aquella noche se acostó temprano, que durmió varias horas y que recién al mediodía siguiente, antes de tomar el trole, compró el diario y leyó que uno de los testigos, el niño, afirmaba que de un auto color crema se habían bajado dos hombres, uno de los cuales había roto el vidrio de atrás con un martillo mientras el otro empezaba a disparar. Los dos hombres habían huido en otro auto que no era color crema sino color amarillo, seguramente el Ford en el que el día anterior no había encontrado ningún indicio. No le pareció raro a Miranda, por considerarla una estrategia bastante elemental a la hora de desorientar a la policía, que los delincuentes huyeran en un auto en circunstancias en que las pistas aparecieron en

otro, pero sí le pareció raro que hubieran optado por romper el vidrio con un martillo en lugar de dejarle la tarea a las balas. Después de varias tazas de té y mientras me acompañaba, cuando empezaba a hacerse ya de noche, hasta el portón de salida del block, me dijo que no se necesitaba ser detective ni mucho menos para saber que el impacto de una bala es más confiable que el de un martillo, que la luneta de un coche no tuerce el trayecto de una bala pero puede, en cambio, resistir el golpe seco de un martillo, dando a los custodios tiempo para reaccionar. Cabía la posibilidad, eso sí, de que los vidrios fueran oscuros y no se viera nada hacia dentro, cosa que nunca alcanzó a averiguar porque desde aquella tarde, me dijo mientras nos despedíamos, quedó fuera del caso. Nunca supo por qué, nunca nadie le dio una explicación e incluso sus propios intentos por obtener una respuesta terminaron ahogándose en esa escena en la que ahora, a causa de la imaginación retrospectiva, volvía a verse a sí mismo con veinticinco años menos, parado frente al despacho del Cuartel, sacudiendo los nudillos en vano contra la puerta del subprefecto. Que ese tipo de cosas sucedieran, producto de algún cambio interno en la cadena de mando o producto de algún cambio en la correlación de fuerzas, no era extraño sino más bien frecuente, más aun en las vísperas de un nuevo gobierno, por lo que desde entonces Miranda se limitó a cumplir con las obligaciones de siempre, consistentes en

presentarse a las listas de la mañana, en hacer las guardias que le correspondían cada tres noches y en entregar los informes planimétricos que le solicitaban. A su casa seguía regresando a la misma hora de siempre, cuando caía la tarde, después de tomar el trole que lo dejaba en Plaza Egaña.